

de su madre muerta, para acabar, que en cuanto llegase haría la maleta y se iría á Sauvagnat, en tanto que ella se iría con su bandido, con su Trágalotodo, á saborear el fruto de sus rapiñas.

Y una vez más la vetusta maleta claveteada pasó ruidosamente del recibimiento al despacho: quedaban en ella, del pasado invierno, algunos troncos, pero esto no contuvo al *inmortal*. Y durante una hora toda la casa se llenó con el ruido de los leños arrojados al suelo, y de los armario que escudriñaba, amontonando entre el serrín y las cortezas de limón de la ropa, trajes, botinas, hasta la casaca verde y el chaleco bordados de las grandes solemnidades, cuidadosamente envueltos en un gran pañuelo de seda.

Su cólera, apaciguada por este ejercicio, desaparecía á medida que se llenaba la maleta, y lo que le quedaba de rugidos y quejas iba disminuyendo, en tanto que la señora Astier, sentada en un sillón, el gorro de encaje en la cabeza y vestida con su traje de noche, le dejaba hacer, murmurando entre un bostezo irónico y tranquilo:

—¡Vamos, Leonardo, vamos!

X

—Para mí, los seres, lo mismo que las cosas, tienen un sentido, algo por donde cogerlos si se les quiere manejar y agarrar fuertemente... Este algo yo lo conozco, y esta es mi fuerza... Coche-ro, á la Cabeza Negra.

Dijo Pablo Astier, y el landó descubierto, dentro del cual Freydet, Vedrine y él lucían sus tres sombreros de copa, de un negro fúnebre, á la luz radiante de una tarde de campo, se alineó á la derecha del puente de Saint-Cloud, ante el hotel nombrado por Pablo. A cada salto del sólido coche de alquiler en el desigual empedrado de la plaza, se veía la larga y significativa funda verde que sacaba la punta entre los pliegues de la capota bajada.

Para su lance con Athis, Pablo había elegido

para padrinos, primero al vizconde de Freydet, designado por el *de* y por el título, y al conde Adriani. Pero asustada la Nunciatura por este nuevo escándalo, que venía después de lo del capelo, tuvo que reemplazar al joven Pepino con el escultor que quizá á última hora consentiría en declararse Marqués en el acta que se publica en los periódicos.

Por lo demás, nada serio en apariencia: un altercado en el Círculo, en la sala de juego, donde había entrado el Príncipe por última vez antes de salir de París.

La cosa había sido de difícil arreglo, sobre todo tratándose de Pablo Astier, muy estimado en las salas de armas, y cuyos cartones de blancos, agujereados, se exhibían detrás de unos cristales en el Tiro de la Avenida de Antín.

Mientras el coche estaba parado frente al restaurant, entre las miradas discretas é inteligentes de los camareros, se vió salir de la calle en pendiente, un tipo corto, polainas blancas, corbata blanca, sombrero de seda y aires de médico de baños, que desde lejos hacía señales con su sombrilla.

—Ahí está Gómez, dijo Pablo.

Era este doctor Gómez un ex interno de los hospitales de París, perdido por el juego, y un liso muy largo; «el tío» para esas chicas, algo como un alquilón, no muy malo, pero dispuesto á todo, y con una especialidad para esas expediciones: dos luises y el almuerzo.

Estando actualmente de veraneo en casa de la señorita Cloclo, en Ville-d'Avray, llegaba á la cita jadeante, llevando en un saco de mano su botiquín, las vendas y todo el material de una ambulancia.

—¿Picadura, ó herida? preguntó subiendo al coche.

—Picadura, picadura, doctor. ¡Espadas del Instituto! La Academia Francesa contra la Academia de Ciencias Morales y Políticas.

Gómez se sonrió, y puso el saco entre las piernas.

—No lo sabía, y he tomado el gran botiquín.

—Habría que sacarlo: esto impresionará al enemigo, dijo Vedrine tranquilamente.

El doctor guiñó el ojo, pero sin saber lo que hacer ante las dos caras de testigos, desconocidos en el boulevard, y que Pablo Astier, que le

trataba como un criado, no se tomaba la molestia de presentarle.

El coche se puso en marcha, y en el primer piso del café se abrió la ventana de un gabinete particular, apareciendo una pareja curiosa: ella, alta, ojos azules, en corsé, los brazos desnudos y la servilleta del almuerzo tapando á medias el pecho y los hombros: á su lado un aborto barbudo, un enano de feria, cuya cabeza, llena de pomada, apenas sobresalía de la ventana, y el brazo desproporcionado rodeando como un tentáculo de pulpo el talle de María Donval, la dama joven del Gimnasio.

El doctor la reconoció en seguida.

—¿Con quién está? preguntó.

Los otros se volvieron, pero ya la muchacha había desaparecido, dejando tras sí la cabeza del jorobado, como si estuviese cortada y puesta en la ventana al igual de un tiesto.

—¡Ah! ¡Es el encuadernador Fage!

Vedrine saludó, y viendo la indignación cómica de Freydet, añadió:

—¡Cuando yo te lo decía! Las muchachas más hermosas de París...

—¡Qué horror!

—¿Esto le sorprende á usted, señor Freydet? Y Pablo Astier empezó furiosamente á reventar, á hablar mal del bello sexo. La mujer es un niño desequilibrado, con todos los vicios del mundo, llena de embustes, de maldad, de cobardía. Y encima, golosa, vanidosa y curiosa. Muchas palabras, pero ni una idea propia: la conversación llena de agujeros, de sitios donde resbalar; la acera en un día de hielo. ¡Hablar de cualquier cosa con una mujer! Nada; ni bondad, ni inteligencia, ni compasión, ni siquiera sentido. Engañan al marido con un amante, al cual no quieren mucho más; temen la maternidad de un modo abominable, y no tienen más que un grito de amor verdadero: «¡Cuidado!» Ésta, ésta es la mujer moderna; por una nueva forma de sombrero, por un traje nuevo de Spricht, es capaz de robar, y está dispuesta á cualquier bajeza. Porque en el fondo no tiene más que una pasión: el traje. Para saber hasta dónde llega, se necesita haber acompañado, como él, á las señoras de sociedad, á los salones del gran modisto, y no cualquiera mujer, sino las más elegantes y encopetadas. Íntimas de las primeras oficialas, las convidan á almor-

zar en su hotel, y se quedan en éxtasis ante el viejo Spricht, como ante el Padre Santo. La marquesa de Rocanera le llevaba á sus niñas; no parecía sino que iba á pedirle su bendición.

—Exactamente, dijo el doctor con el automático movimiento del asalariado, con el cuello desarticulado de eterna aprobación.

Se hizo un silencio de sorpresa, molesto, como si se hubiese desequilibrado la conversación después de la brusca, violenta é inexplicable salida de Pablo, de ordinario tan frío y dueño de sí mismo.

El sol era pesado y se reflejaba en las paredes de piedra seca que bordeaban el camino en fuerte pendiente, que subían penosamente los caballos, haciendo crujir la grava.

—Como caridad, como piedad de mujer, yo he sido testigo de esto...

Vedrine hablaba, la cabeza echada hacia atrás, mecida por la capota, los ojos medio cerrados, del que mira cosas que sólo él ve.

—No, en casa del gran modisto, no. En el hospital, sala de Bouchereau. Una cama de hierro deshecha, las sábanas á un lado, y encima, desnudo, reluciente de sudor y de espuma, con

traído, entortijado como un clown, con saltos y con rugidos que llenaban toda la plaza de Notre-Dame, un hidrófobo en el último paroxismo. A la cabecera de la cama dos mujeres, cada una á un lado: la hermana de la Caridad y la alumna del curso de Bouchereau, entrambas jóvenes, y sin mostrar asco ni miedo, sujetando al desdichado á quien nadie se atrevía á acercarse, enjugándole en la frente, y en la boca el sudor del tormento y la espuma que le ahogaba... La hermana rezaba, la otra no; pero en el mismo impulso de sus ojos, en la idéntica ternura de sus manitas animosas, que iban á buscar la baba del mártir hasta en sus dientes, en la gracia heroica y maternal de un gesto que no se cansaba, se veía bien que eran mujeres entrambas... ¡La mujer!... ¡Pues si daban ganas de arrodillarse sollozando!

—Gracias, Vedrine, murmuró Freydet, que se ahogaba pensando en Clos-Jallanges.

El doctor esbozó un movimiento de cabeza.

—Exactamente...

Pero la palabra nerviosa y seca de Pablo Astier le contuvo:

—Sí, enfermeras... Lo concedo. Como ellas

son enfermas, les gusta esto de cuidar, curar, envolver, las sábanas calientes... y luego, dominar á enfermos ó débiles.

Su voz silbaba, llegaba á las notas agudas de su madre, mientras que sus ojos fríos lanzaban una llama de maldad que hacía pensar á los demás:

—¿Qué le pasa?

En tanto el doctor se hacía esta juiciosa reflexión:

—Dirá que se trata de picadura y de espadas del Instituto; pero no quisiera estar dentro de la piel del Príncipe.

—Y luego, como instinto maternal de la mujer, añadió Pablo, tenemos un cuadro para hacer *pendant* al cromo de nuestro amigo. La señora Eviza, que, encinta de ocho meses, por un aderezo que le negaba su marido el banquero, se daba de puñetazos en el vientre, y daba contra los muebles, diciendo: «¡Ahí tienes el caso que yo hago de tu hijo!» Como delicadeza y fidelidad de la mujer, sé yo de una viudita que en la misma tumba del marido, sobre la losa fúnebre...

—Pero esto que nos dices es de la matrona de Éfeso, dijo Vedrine.

La discusión se animó. La sempiterna discusión de los hombres sobre el eterno femenino y el amor.

—Señores, atención, dijo el doctor que desde su sitio al vidrio veía subir al trote dos coches.

En el primero, un landó abierto, iban los dos testigos del Príncipe, que Gómez, después de incorporarse, designó en voz baja, con entonación respetuosa.

—El marqués de Urbín, el general de Bonneuil, del Jockey, gente distinguida. Y mi colega Aubouis...

Este doctor era también un muerto de hambre, pero estaba condecorado y costaba cien francos.

Seguía un cupé particular, donde se ocultaba con su Gavaux, Athis, en realidad muy fastidiado con todo este enredo.

Cinco minutos después, los tres coches subían uno tras otro en fila de boda ó de entierro, no oyéndose más que el chirrido de las ruedas, la respiración jadeante de los caballos, y el ruido que metían sus guarniciones.

—Pasad adelante, dijo una voz arrogante.

—Justo es, dijo Pablo: van á preparar nuestras boletas de alojamiento.

Los coches se rozaron en aquel estrecho camino, los testigos cambiaron un saludo y los médicos una sonrisa de compadres. Luego pasó el cupé dejando ver á través del vidrio, levantado á pesar del calor, un perfil inmóvil, con palidez de cadáver.

—No estará pálido dentro de una hora, cuando volverá reventado, pensó Pablo, viendo ya el golpe: una estocada en segunda y tercera á fondo, entre la tercera y la cuarta costilla.

Arriba el aire fresco, cargado de aromas, de flores de tilos, de acacias, de rosas; y detrás de las bajas paredes de los parques se veían los prados artificiales, sombreados por los árboles: sonó una campana de verja.

—Hemos llegado, dijo el doctor que conocía el paraje, las antiguas caballerizas del marqués de Urbín, en venta hacía dos años, y vacía de caballos, sin más que algunos jacos que saltaban aquí y allí por los prados, divididos por altas barreras.

El duelo tenía que ser en un ancho terraplén, junto á una cuadra de ladrillos, blanca, al cual

se llegaba por caminos circulares llenos de hierba y de musgo, por los cuales iban juntos, mezclados y confundidos los dos grupos, en absoluta corrección.

Tan sólo Vedrine, á quien aburrían las formalidades sociales, con gran desesperación de Freydet, muy solemne y metido en su cuello postizo, cortaba una rama, é impresionado ante la inmovilidad esplendorosa de las cosas, contrastando con la agitación imbécil de los hombres, los grandes bosques escalando la pendiente, los términos lejanos de techos agrupados, de aguabrillante, de niebla azul de calor.—¡Qué hermosura! ¡Qué tranquilidad! exclamaba, señalando al horizonte con un gesto maquinal, á alguien que andaba detrás de él, con un crujido de botas nuevas.

¡De cuánto desprecio fué inundado el incorrecto Vedrine, y con él el paisaje y todo el cielo! Porque el príncipe de Athis era así, despreciaba como nadie: despreciaba con los ojos, aquellos famosos ojos cuyo brillo no había podido sostener Bismarck; despreciaba con su gran nariz caballar, con su boca de bordes caídos, y despreciaba sin saber por qué, sin ha-

blar, sin escuchar, sin leer ni comprender nada; y su fortuna diplomática, sus éxitos femeninos y mundanos, se debían á aquel desprecio altanero.

En el fondo, el tal Samy, era una cabeza de cencerro hueca, un fantoche recogido de la caja de lo que se tira, por la compasión de una mujer inteligente, y entre las conchas de las ostras de los restaurants nocturnos; fantoche que ella había incorporado y alzado, dándole la idea de lo que debía decir, y mejor de lo que debía callar, sugiriéndole sus gestos, sus acciones, hasta el día en que, viéndose en la cima, rechazó de un puntapié el escabel, que ya no le servía de nada.

Por punto general, el mundo encontraba esto muy bien; pero Vedrine no pensaba lo mismo, y la frase aplicada á Talleyrand «media de seda llena de lodo» le venía á la mente, viendo andar majestuosamente á aquel personaje de tanta altanería y corrección tan digna.

No había duda que era una mujer de talento aquella Duquesa, que para disimular la nulidad de su amante, le había hecho académico y diplomático, revistiéndole con estos dos domi-

nós superpuestos del Carnaval oficial, tan viejos de trama uno como el otro, á pesar del prestigio ante el cual se inclina la sociedad todavía. Lo que Vedrine no acababa de comprender es cómo la Duquesa había podido amar á aquel hombre grotesco y huero, de alma dura. ¿Por el título de Príncipe? Su familia era tan noble como la suya. ¿Sería el *chic* inglés, la levita marcando sus hombros de ahorcado, el pantalón, cuyo color verdoso daba una nota tan fría entre las ramas? Entonces habría que creer á Pablo Astier, cuando censuraba el gusto de la mujer, por lo bajo, por lo física ó moralmente deforme.

El Príncipe llegó hasta la barrera de metro y medio que separaba el camino del prado, y ya fuera desconfianza de sus piernas aflautadas, ya fuese que encontrase el ejercicio incorrecto para un hombre tan importante como él, dudó, cohibido principalmente por la presencia del artista, que sentía detrás de sí. Al fin se resignó á dar la vuelta hasta la puerta de madera.

El otro entornaba sus ojuelos:

—Anda, anda: por más que cojas el camino